

LA INTERSUBJETIVIDAD Y SU CODIFICACIÓN GRAMATICAL: HACIA UNA VISIÓN FENOMENOLÓGICA DE LA GRAMÁTICA*

Enrique Huelva Unternbäumen**

RESUMEN

El objetivo que se plantea en el presente trabajo es reflexionar sobre cuál es el punto de partida más adecuado que debemos adoptar para pensar la gramática y, consecuentemente, también para ocuparnos de ella en el ámbito de tareas descriptivas o incluso aplicadas. Mi intuición es que este punto de partida lo hemos de buscar en el sujeto en su calidad de hablante, esto es, en las condiciones trascendentales elementales bajo las cuales el sujeto actúa en un evento comunicativo. En esta intuición reside de forma implícita la hipótesis fundamental de que la gramática está premoldeada por dichas condiciones.

Palabras clave: gramática, gramática cognitiva, intersubjetividad, fenomenología

INTERSUBJECTIVITY AND ITS GRAMMATICAL CODING: TOWARDS A PHENOMENOLOGICAL PERSPECTIVE OF GRAMMAR

ABSTRACT

The objective of this paper is to reflect on the most appropriate starting point when we think grammar. Consequently, it identifies the appropriate one in the descriptive or even in the applied fields. My intuition is that this starting point has to be look for in the subjects, in their capacity as speakers; that is, in the elementary transcendental conditions under which the subjects act in a communicative event. This intuition implicitly leads to the fundamental assumption that grammar is pre-molded by these conditions.

Keywords: grammar, cognitive grammar, inter-subjectivity, phenomenology

Recibido: 20 de octubre 2014

Aceptado: 12 de diciembre de 2014

* Este trabajo se origina en el Proyecto “Intersubjetividad y gramática”, vinculado al Programa de Postgrado del Instituto de Letras, Universidad de Brasilia.

** Doctor en Lingüística (U. Bielefeld, Alemania), Director del Instituto de Letras, Universidad de Brasilia. enriquehuelva@gmail.com.

Partir del sujeto y de lo que lo condiciona como hablante para conceptualizar la gramática no parece ser una idea tan desatinada. Sin embargo, son pocos los modelos teóricos que se han planteado debidamente la importancia de esta relación y menos aún los que han puesto en práctica las consecuencias conceptuales y metodológicas que debemos extraer de ella. En el caso del Estructuralismo, sus disposiciones iniciales eminentemente imanentistas y el rechazo de cualquier posición o práctica mentalistas bloquean de antemano la necesidad de preocuparse por el sujeto, en su condición de hablante, para proceder a la conceptualización de la gramática como objeto de análisis. El Generativismo, por el contrario, hace resurgir con toda fuerza al sujeto en la figura del *native speaker* y lo transforma en su máxima instancia teórica, en aquel que decide sobre la gramaticalidad o agramaticalidad de enunciados y, en última instancia, sobre lo que es o no es la gramática. El *native speaker* no es, sin embargo, un sujeto que actúa realmente como hablante y, por consiguiente, las condiciones trascendentales elementales bajo las cuales esto sucede no forman parte del foco de interés de la Gramática Generativa. Como sabemos, se trata más bien de una figura idealizada, de la que se considera que posee una competencia lingüística perfecta y absoluta en su lengua materna pero que, al mismo tiempo y de forma paradójica, carece de todas las otras competencias, habilidades y condiciones que son propias de un hablante en una situación normal de comunicación. El *native speaker* no tiene cuerpo ni género, es al mismo tiempo y de forma indiferenciada hablante u oyente y, por consiguiente, puede ser concebido – como apunta Weinrich (2006: 18) – “en una absoluta soledad monológica”.

Esta posibilidad de prescindir de un análisis detallado de lo que caracteriza al sujeto en una situación real de comunicación se desvanece si alteramos las disposiciones iniciales de nuestra teorización de la gramática. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la Gramática Cognitiva. Pues si vemos en el sujeto ante todo un conceptualizador y en la gramática uno de sus principales instrumentos para conceptualizar sus experiencias en el (y del) mundo y comunicarlas a los otros, el análisis de las condiciones bajo las que el sujeto actúa al realizar estas actividades se nos presenta como una obligación de la que ya no podemos eximirnos si queremos teorizar y describir la gramática de manera adecuada.

En la Gramática Cognitiva la figura del sujeto-conceptuador está contemplada especialmente en el concepto de la base conceptual (Ground). Este término designa, en la Lingüística Cognitiva, el locus de la conceptualización, esto es, el lugar desde el cual experimentamos el mundo y construimos nuestras categorías conceptuales, especialmente aquellas codificadas por el lenguaje. A él pertenecen el evento comunicativo, sus participantes (hablante y oyente), la interacción que se establece entre ellos, así como las circunstancias concretas en las que se realiza el evento (particularmente, su contexto espacio-temporal) (cf. Langacker 1987: 126-128; 2008: 259-264). Por ‘anclaje’ (*Grounding*) se entiende, por su parte, el proceso epistémico que tiene como efecto la especificación del significado de los elementos lingüísticos que usamos en un enunciado con relación a la base conceptual. Así, por ejemplo, mientras que el sustantivo *libro* denota un tipo de objeto del que existen muchas instancias posibles, el grupo nominal

este libro designa un ejemplar, es decir, un libro determinado identificado por el hablante y el oyente en una situación particular. Los elementos lingüísticos que desempeñan la función de anclaje reciben el nombre de ‘elementos o predicaciones de anclaje’. Los más comunes son los artículos, los demostrativos y los cuantificadores, para el anclaje nominal (cf. v.gr. Langacker 2008: 273-296) y los morfemas de tiempo, modo, persona, etc., en el caso del anclaje verbal (cf. v.gr. Langacker 2008: 296-309).

Especialmente en sus obras más recientes, Langacker ha empezado a reconocer de un modo más explícito que un aspecto constitutivo esencial de la base es su intersubjetividad, al ponderar que en la base, tanto el hablante como el oyente actúan siempre como sujetos conceptuadores, en un proceso constante de atención recíproca (Langacker 2008: 262).

Nuestra propuesta es demostrar que la intersubjetividad –que en la Gramática Cognitiva todavía aparece de forma tímida y con un carácter más bien programático– constituye el elemento fundamental que da origen y caracteriza las condiciones trascendentales elementales bajo las que un sujeto-conceptuador actúa en una situación normal de comunicación. Esto significa que toda actividad de conceptualización y codificación gramatical que el sujeto-conceptuador realiza durante un evento comunicativo lleva en cuenta la presencia y la perspectiva del otro. Es decir, no se dirige tan solo al otro, sino que parte también de la presencia y la perspectiva del otro, como elementos fundamentales de su génesis.

Desde la perspectiva que les propongo, actuar como hablante presupone, antes que nada, asumir una actitud dialógica. Significa identificar la presencia de otro ser dotado con capacidades y condiciones semejantes a las mías e incluir su perspectiva como punto de partida de mi conceptualización y codificación gramatical del mundo. Sustituimos, pues, la “soledad monológica” del *native speaker* por un hablante que es en sí siempre ya dialógico.

Es importante resaltar que el dialogismo al que nos referimos no es un producto de la comunicación, sino la condición esencial para su posibilidad. Con ello nos alineamos a una noción fenomenológica de la intersubjetividad, especialmente a una noción husserliana, distanciándonos, al mismo tiempo, de otras interpretaciones que este término ha ido adquiriendo en las últimas décadas en el seno de las ciencias humanas y sociales en general y en la Lingüística en particular. Una de estas interpretaciones, quizás la que actualmente goza de mayor difusión, especialmente en las disciplinas que tienen como objeto de estudio la conversación, el diálogo o el discurso (cf. Duranti 2010, 4-6), entiende por intersubjetividad el conocimiento compartido por los interactantes (*shared knowledge*), y esto en un doble sentido (cf. v.gr. Schegloff 2006): (i) el conocimiento compartido al que, por lo menos parcialmente, se puede llegar mediante los procesos de negociación de sentido que se llevan a cabo en la comunicación o (ii) como aquel conocimiento cotextual y contextual que se presupone como dado y compartido, en un momento determinado del proceso comunicativo, y que constituye el punto de partida y el horizonte interpretativo mutuo para la prosecución de la actividad

comunicativa. Común a ambas perspectivas es la idea de la intersubjetividad como producto o efecto de la comunicación: producto al que se ha llegado gracias a procesos comunicativos pasados o al que se pretende llegar a través del que está actualmente en marcha.

Más recientemente, algunos autores han empezado a reconocer que la intersubjetividad posee además una relevancia gramatical, esto es, que representa una categoría conceptual codificable y codificada por elementos o construcciones gramaticales (Weinrich 2001; Verhagen 2005; 2008; Huelva-Unternbäumen en prensa). Las consecuencias teóricas y metodológicas de esta constatación son enormes, así como –me atrevería incluso a decir– los desafíos que conlleva para la investigación lingüística.

Una de ellas, tal vez la más importante, repercute directamente en la propia definición del concepto de la intersubjetividad. Pues, como concepto codificado gramaticalmente, la intersubjetividad no puede ser concebida como el producto o efecto de un proceso comunicativo actual. No solemos comunicarnos para ponernos de acuerdo sobre el contenido semántico de los elementos o las construcciones gramaticales de nuestra lengua, a no ser que seamos profesionales del lenguaje y lo hagamos *ex officio*.

Por las mismas razones, nos vemos obligados a desconsiderar las interpretaciones que proponen una equiparación del término de la intersubjetividad con el de la co-producción (cf. Clark 1996) o el de la auto-génesis de la realidad social (cf. Luhmann 1998: 65-78), dado que en ambos casos es necesario presuponer que la comunicación ya está en marcha para que la realidad social pueda ser co-producida por los interactantes, en el primer caso, o bien que emerja como una dimensión *sui generis* y *auto-poiética* de la realidad, en el segundo.

En la Fenomenología y, especialmente, en Husserl, la intersubjetividad es la cualidad esencial de la existencia del ser humano, constitutiva tanto del propio sujeto como de la noción de un mundo objetivo (Depraz 2001: 169). Como señala Gallagher (2012, 2-3), nacemos en un mundo de la vida que desde el principio ya está poblado por otros y construido por sus acciones. Antes de que tengamos la posibilidad y las condiciones necesarias para ubicarnos en el mundo, antes de que podamos posicionarnos en el mundo como sujetos, de poder ser, estar y actuar en el mundo, nuestras capacidades para realizar todo esto han sido ya moldeadas por otros seres humanos que se encuentran con nosotros antes incluso de nuestro nacimiento y que nos hablan antes de que tengamos la posibilidad de responder, que interactúan con nosotros antes de que tengamos las condiciones de actuar por cuenta propia. Subjetividad significa, desde el primer momento, intersubjetividad.

La intersubjetividad, en el sentido fenomenológico que acabamos de proponer, mantiene una doble relación con la lengua. Por una parte, constituye uno de sus principales requisitos, tanto *filo* como *ontogénicamente*. Una lengua natural es un sistema simbólico convencional y como tal su dominio requiere la existencia de un conocimiento compartido entre todos los

miembros de la comunidad que usan una determinada lengua (Itkonen, 2008; Zlatev 2007; 2008: 232-237). Este conocimiento compartido suele ser caracterizado como un conocimiento de tercer orden *yo sé que tú sabes que yo sé X* y es considerado como uno de los niveles más complejos de intersubjetividad (Zlatev 2008: 234-237). Con la adquisición del lenguaje, por otra parte, desarrollamos una *capacidad meta-representacional*, en el sentido de que su uso nos permite conceptuarnos a nosotros mismos y a los otros como seres intersubjetivos (Zlatev 2008, 235-236). El léxico y, en particular, la gramática, codifican diferentes tipos y niveles de intersubjetividad, diferentes *configuraciones de intersubjetividad* (Huelva Unternbäumen, 2013). Esto es, la intersubjetividad forma parte –en mayor o menor medida (Huelva Unternbäumen, 2013)– de la estructura semántica de muchos elementos y construcciones lingüísticos.

Quisiera ahora centrar mi atención sobre la capacidad meta-representacional y, en particular, sobre el hecho de que dicha capacidad trata a la intersubjetividad como un fenómeno complejo formado por diversos niveles.

Para explicar cómo se constituye la intersubjetividad en el propio sujeto (y no en la comunicación, pues es una condición para su posibilidad), Husserl sitúa en el centro de su reflexión filosófica la esfera primordial del Yo. Esta esfera, caracterizada por la consciencia del propio cuerpo (entendido como *Leib*, es decir, como cuerpo vivo y vivido por mí), representa la esfera de lo mío propio y todo lo que la traspasa algo extraño al Yo. A partir de ahí, Husserl intenta, en varios pasos, describir cómo se crea, en el sujeto, la referencia a todo lo que es extraño al Yo, al “no-yo” (a lo “no-egoico”, “*das Ich-Fremde*”). En un primer paso, percibo la presencia de otro cuerpo que se parece al mío. Esta semejanza me lleva a una asociación por emparejamiento (“*Paarungsassoziation*”) entre mi cuerpo y el otro cuerpo percibido, lo que a su vez me motiva a atribuirle al cuerpo percibido la cualidad de cuerpo vivo (“*Leib*”), así como la posesión de una consciencia sobre su cuerpo vivo (“*Leibbewußtsein*”), a imagen y semejanza de mí mismo. Y, finalmente, considero que este proceso de asociación por emparejamiento es recíproco, es decir, atribuyo al otro la facultad de hacer lo mismo al percibir mi cuerpo.

En síntesis, la intersubjetividad en Husserl hace referencia a la capacidad esencial del sujeto de ponerse en el lugar del otro, de cambiar de lugar (“*Platzwechseln*”). Al hacerlo, extendiendo al otro mis características y capacidades. Entre ellas se encuentran todas las competencias psicológicas y cognitivas superiores: el raciocinio lógico, el establecimiento de relaciones causales entre entidades percibidas, etc.

La idea de que la intersubjetividad es un fenómeno complejo constituido por un conjunto de capacidades individuales está ya presente de forma clara en el propio Husserl (Costelo, 2012). Así, la asociación por emparejamiento –proceso que, como mencionamos, es imprescindible para la emergencia de la intersubjetividad– afecta, en un primer momento, al cuerpo vivo-y-vivido (*Leib*). Al percibir un cuerpo que se asemeja al mío, establezco una relación entre ambos y atribuyo al cuerpo que se me presenta todas las cualidades que identifico en el mío, incluyendo la capacidad de poseer un *Leibbewußtsein*, una consciencia sobre el cuerpo

vivo-y-vivido. Esto, obviamente, en una absoluta reciprocidad: tú haces lo mismo conmigo. El resultado es la consciencia de que compartimos el mismo esquema corporal, esto es, nuestros cuerpos vivos-y-vividos experimentan una semejanza fundamental en el funcionamiento de sus (nuestras) capacidades táctiles, auditivas, visuales, propioceptivas, kinestésicas, etc. (Depraz, 2001: 172-173; Huelva Unternbäumen, 2013: 8-19).

A partir de ese momento, extendiendo al otro también todas mis características y competencias cognitivas y psicológicas superiores: afectividad, raciocinio lógico, agentividad, volicionalidad, etc. Este proceso de expansión comienza por un cambio de lugar (*Platzwechseln*). Imaginativamente me pongo en tu lugar y tú en el mío. Me imagino viendo lo que tú ves, viéndolo desde tu perspectiva o, mejor dicho, desde la que yo tendría si ocupase tu lugar (y viceversa). Este cambio corporal-kinestésico imaginado abre el camino al cambio de estados psicológicos. Me puedo imaginar lo que pensaría o sentiría si ocupase tu lugar y viese lo que tú ves, puedo imaginarme lo que decidiría hacer o lo que no haría en ningún caso. Y, por último, consigo reconstruir tu raciocinio y tus procesos afectivos ante un estado de cosas o un hecho y entender (o entender mal) lo que dices y haces (Depraz, 2001: 173-174).

En síntesis, la intersubjetividad en Husserl se inicia con aspectos predominantemente corporales (el compartimiento del mismo esquema corporal) y se va extendiendo desde ahí a aspectos cada vez más complejos y abstractos pertenecientes a nuestro mundo cognitivo y afectivo. Con ello, el cambio de lugar no se restringe al dominio físico, espacio-temporal, sino que se adentra al mundo de lo que pensamos y sentimos.

Esta idea de una jerarquización de las capacidades intersubjetivas ha sido adoptada también por los estudios del desarrollo de inspiración fenomenológica. Especialmente Trevarthan aporta, en numerosos estudios (cf. por ej. 1979; 1980; 1998), una elaboración detallada, así como una extensa verificación experimental de dicha idea. De un modo general, este autor propone diferenciar entre una *intersubjetividad primaria* y una *secundaria*. La intersubjetividad primaria consiste en un conjunto de capacidades sensorio-motoras (innatas o desarrolladas en los primeros meses de vida) que se aplican en contextos interactivos y que nos ayudan a entender lo que las otras personas piensan y sienten a partir de la percepción de sus movimientos, gestos, expresiones faciales, dirección de las miradas, cambios en la entonación y de las acciones que ejecutan en el contexto de interacciones comunicativas. Así, por ejemplo, a partir de los dos meses de vida los niños son capaces de seguir la mirada de otra persona, de ver que está mirando en una dirección concreta y de percibir lo que está observando, de tal forma que ponen de relieve la intención de la persona en cuestión (Baron-Cohen, 1995).

La intersubjetividad secundaria se inicia con el desarrollo de la *atención conjunta* a partir de los 9 meses de edad. A partir de esta edad, los niños adquieren la capacidad de dirigir su atención al mismo objeto al que otra persona dirige la suya. Esta capacidad de compartir el mismo foco de atención es una condición esencial para la posibilidad de adquirir y participar

en la construcción de un mundo de la vida común (de co-construir una *Lebenswelt* compartida) (Gallegher 2012, 197-198), puesto que con ella los niños son capaces de aprender cómo los otros observan y usan los objetos del mundo y cómo se establecen y desarrollan las relaciones interpersonales mediante el uso de objetos. A medida que ellos mismos comienzan a participar en este tipo de acciones, se van incorporando al proceso de co-construcción del sentido del mundo, a un permanente proceso de *creación participativa de sentido* (De Jaegher / Di Paolo 2007), lo que, a su vez, les permite ir mejorando cada vez más su capacidad de interpretar el comportamiento, las prácticas, los motivos, las razones, etc. de los otros en contextos específicos (Gallegher 2012, 197). O, reformulado en una terminología más fenomenológica: la capacidad de ponerse cognitiva- y afectivamente en el lugar del otro.

Por último, cabe destacar que también los estudios sobre la evolución humana proponen, de un modo general, un aumento paulatino de la complejidad en el proceso del desarrollo filogenético de las capacidades intersubjetivas (cf. p. ej. Tomasello, 1999; Tomasello / Carpenter / Call / Behne / Moll, 2005; Tomasello / Call 2006; Pika, 2008; Hutto, 2008; Zlatev, 2008).

Zlatev, por ejemplo, propone una co-evolución –caracterizada por un paulatino aumento de la complejidad– entre el nivel de mimesis, el tipo de pensamiento y el desarrollo de capacidades intersubjetivas. El proceso de evolución de la mimesis corporal (definida como el uso del cuerpo para fines comunicativos y representativos (Zlatev, 2008: 215) se inicia con la protomimesis, estadio en el cual se lleva a cabo ya una imitación de las acciones corporales del otro sin existir, no obstante, una conciencia de la diferencia entre mi cuerpo y el cuerpo del Otro. Corresponde a este estadio el tipo de pensamiento de primer orden, es decir, todavía no se ha adquirido la capacidad de tener un pensamiento sobre otro pensamiento, ya sea propio o perteneciente al Otro. Las capacidades interactivas típicas de esta fase evolutiva (*filo- y ontegenética*) son la empatía afectiva simple y la atención mutua (al cuerpo del Otro, no a un objeto). La mimesis diádica, por su parte, ya supone el uso consciente del propio cuerpo para imitar movimientos de objetos o de acciones del Otro. Significa, además, la capacidad de identificarse y, al mismo tiempo, de diferenciarse del Otro. La situación que describe de forma más clara este estadio es la que se constituye en momentos de atención compartida: te observo y veo que tú diriges tu atención a un objeto y te imito haciendo lo propio. Esta situación requiere la posibilidad de poseer una empatía cognitiva, esto es, la capacidad de ponerse mentalmente en el lugar del Otro y de reconstruir lo que él está pensando: te veo observando un determinado objeto y pienso que lo deseas tener. Consecuentemente, tenemos aquí ya un pensamiento de segundo orden. El sujeto es capaz de dirigir su pensamiento sobre otro pensamiento: pienso que tú piensas X, creo que haces X por tal o cual motivo o razón, me parece que estás en tal o cual estado anímico, etc. Las situaciones de atención compartida son además, según Zlatev (2008, 226-232), el origen más probable de uno de los cambios más significativos en la evolución del homínido al ser humano, a saber, el surgimiento de la mimesis triádica y, con ella, del pensamiento de tercer orden y las capacidades intersubjetivas superiores: te observo y veo que tú diriges tu atención a un objeto y me percato de que

tienes la intención de que yo también dirija mi atención al mismo objeto (atención conjunta). Surge así una situación comunicativa simple, basada en la posesión y comprensión de una intención comunicativa. Corresponde a esta situación un pensamiento de tercer orden: pienso que tú piensas que yo pienso X (y viceversa, claro). O, aplicado a nuestra situación concreta, yo pienso que tú tienes la intención de que yo observe el objeto en cuestión. Y, finalmente, lo que diferencia la mimesis de tercer orden de los estadios pos-miméticos es el uso de signos totalmente convencionales interrelacionados en un sistema, es decir, el uso del lenguaje para fines comunicativos (Zlatev, 2008: 232-236). En este estadio, mediante la utilización del lenguaje, adquirimos lo que hemos denominado *capacidad meta-representacional*: la posibilidad de utilizar el lenguaje para conceptualizar y expresar las diversas capacidades intersubjetivas que configuran nuestra condición humana.

Conviene precisar, antes de concluir nuestra caracterización de la jerarquización de la intersubjetividad, que aunque tanto los estudios sobre el desarrollo ontogenético como los dedicados a la evolución filogenética postulan una distribución de las capacidades intersubjetivas en diferentes niveles o estadios, esto no supone que con el paso de un estadio al otro perdamos las capacidades intersubjetivas del estadio anterior. Los procesos de desarrollo y evolución tienen más bien un carácter acumulativo, esto es, adquirimos nuevas capacidades que se suman a las que ya poseíamos (Zlatev, 2008: 219; Gallagher, 2012: 198-199). Esto supone que la capacidad meta-representacional del lenguaje puede, en principio, codificar y expresar cualquiera de las capacidades intersubjetivas que hemos ido describiendo a lo largo de esta sección. Veamos, para finalizar, algunos ejemplos.

Como es ampliamente conocido, el cuerpo humano constituye, en la mayoría de las lenguas del mundo, el punto de partida (el llamado *dominio fuente*) para la conceptualización lingüística de relaciones espaciales (cf. p. ej. Heine 1995, 1997; Heine/Claudi/Hünemeyer 1991; Heine/Kuteva 2002). Los conceptos de referenciación espacial codificados gramaticalmente (especialmente por preposiciones) se fundamentan sobre el conocimiento que tenemos sobre nuestro cuerpo. Que la mayoría de las lenguas (de culturas y geografías diferentes) procedan del mismo modo en la conceptualización de relaciones espaciales solo es explicable porque todos los seres humanos compartimos el mismo esquema corporal y porque todos sabemos que lo compartimos (Huelva Unternbäumen, 2003: 8-19). La posibilidad, por ejemplo, de derivar el concepto de la anterioridad espacial de la frente se debe, en primer lugar, al hecho de que compartimos el mismo esquema corporal, caracterizado entre otras cosas por una frontalidad perceptiva que sitúa nuestros órganos perceptivos más importantes en la parte frontal de la cabeza, de tal modo que nos hemos de posicionar 'frontalmente' al objeto que queremos percibir. En segundo lugar, nos hemos de percatar de que compartimos esta característica de nuestro esquema corporal. Esto es, hemos de ser capaces de configurar una asociación por emparejamiento con respecto a la frontalidad perceptiva de nuestro esquema corporal. La consciencia sobre el valor intersubjetivo de este aspecto del esquema corporal garantiza que los conceptos espaciales que derivemos de él puedan, por su vez, adquirir también valor

intersubjetivo, requisito indispensable para cualquier concepto a ser codificado por la lengua. La intersubjetividad del esquema corporal hace que sea el punto de partida ideal (el dominio fuente ideal) para la creación de otros conceptos intersubjetivos. Y, finalmente, la posibilidad de derivar un concepto de relación espacial de una parte del cuerpo requiere que seamos capaces de ponernos imaginativamente en el lugar del otro (*Platzwechseln*). Cuando profieres enunciados como “estoy frente a ti” o “estoy sentado frente al mar” tengo que ser capaz, para entenderlos debidamente, de ponerme en tu lugar y verme a mí mismo como tú me ves (o como yo me vería si ocupase tu lugar y me observase a mí mismo) y a observar el mar como tú lo observas (o como yo lo observaría si estuviese en tu lugar). En síntesis, debemos concluir que forman parte de la estructura conceptual de la preposición *frente a* (i) la frontalidad perceptiva como uno de los aspectos centrales de nuestro esquema corporal, (ii) el conocimiento sobre el carácter intersubjetivo de este aspecto y (iii) la capacidad evocada por el propio uso de la preposición de adoptar la perspectiva del otro e incluirla en nuestras percepción del mundo.

¿Qué lugar en la jerarquía de la intersubjetividad ocuparía esta estructura conceptual? Uno no muy elevado, que incluye, fundamentalmente, el compartimiento del mismo esquema corporal y de una cierta atención compartida. Decimos ‘cierta’ porque se restringe a la dimensión perceptiva sin adentrarse en aspectos de una empatía cognitiva o afectiva. Para entender tu enunciado “estoy sentado frente al mar” he de ser capaz de situarme imaginativamente en tu lugar y de intuir lo que tú ves. La estructura conceptual del enunciado no nos dice nada respecto a lo que sientes o piensas al observar el mar, ni a los motivos que te llevaron a hacerlo, ni a las acciones o intenciones que tal observación eventualmente pueda causar en ti. Se trata, pues, más que de una intersubjetividad plena, de una intercorporeidad, de un compartimiento del mismo esquema corporal (Huelva Unternbäumen, 2013: 8-19).

Otros elementos y construcciones gramaticales codifican una intersubjetividad más compleja. Es lo que ocurre, por ejemplo, con las construcciones ditransitivas. El concepto de la *transferencia de objeto*, que corresponde a la estructura semántica prototípica de dichas construcciones, constituye el caso paradigmático de la acción conjunta, en el sentido expuesto más arriba. En una situación de transferencia de objeto (material), los dos agentes involucrados (el que da el objeto y el que lo recibe) coordinan intencionalmente sus acciones siguiendo un conjunto de patrones de comportamiento cooperativos necesarios para alcanzar la meta compartida: se sitúan uno frente al otro a una determinada distancia, prestan mutuamente atención a los movimientos del otro y, conjuntamente, al objeto a ser transferido, coordinan los movimientos de los brazos y las manos de tal forma que el objeto no se caiga, etc. Cada uno de los dos agentes está consciente de que él mismo y el otro están atentos al mismo objeto y al mismo evento y que interactúan, por lo tanto, en una relación triádica (agente-agente-objeto/ evento) (Gallagher, 2013: 226-227).

La configuración de intersubjetividad que tenemos en este caso es bastante más compleja que la que hemos constatado para la preposición *frente a*. Esta mayor complejidad se

pone de manifiesto ya al nivel de lo que hemos denominado intercorporeidad. La construcción ditransitiva codifica una interacción entre dos agentes que solo puede iniciarse y llevarse a cabo porque ambos comparten el mismo esquema corporal (especialmente, la misma frontalidad sensorio-perceptiva y motora) y porque saben recíprocamente que lo comparten. Además, es importante observar que el uso de dicha construcción en un enunciado como por ejemplo *Juan le da las llaves a su prima* supone, implícitamente, que el hablante que profiere tal enunciado también posee el mismo esquema corporal que *Juan y su prima*. Esto es, el hablante, tiene que ser capaz –y lo es– de ponerse en el lugar tanto del agente que transmite el objeto como del que lo recibe. Tenemos, pues, una intercorporeidad que se establece, como mínimo, entre tres sujetos: los agentes involucrados en la transferencia y el propio hablante que conceptúa la situación observada mediante el uso de la construcción ditransitiva. El aumento más significativo de la complejidad se debe, no obstante, al hecho de que la construcción ditransitiva codifica un pensamiento de tercer orden y, por lo tanto, capacidades intersubjetivas superiores: cuando doy un objeto a alguien pienso que quien lo va a recibir piensa que yo tengo la intención de dárselo. Del mismo modo, cuando recibo un objeto de alguien pienso que quien me lo da piensa que yo quiero recibirlo. Tenemos, pues, la codificación de una situación de “intención compartida” (Gallagher, 2013: 226), que supone que cada uno de los dos involucrados comprende las intenciones del otro y las identifica como compatibles con las suyas propias, en el sentido de aspirar a una meta común.

Acabo con la formulación de la hipótesis –a la que parece que nos facultan los ejemplos analizados– de que la capacidad meta-representacional del lenguaje puede manifestarse de forma distinta en diferentes elementos y construcciones gramaticales. Dicho de un modo más concreto: el potencial de codificación de la gramática nos permite distinguir entre diferentes tipos y grados de complejidad de la intersubjetividad. Esta diferenciación se manifiesta también en la evolución diacrónica de un mismo elemento gramatical, pero sobre eso, hablaremos en otra ocasión.

BIBLIOGRAFÍA

- Baron-Cohen, Simon.** 1995. *Mindblindness: An Essay on Autism and Theory of Mind*. Massachusetts: MIT Press.
- Clark, Herbert H.** 1996. *Using language*, Cambridge (CUP).
- Costelo, Peter.** 2012. *Layers in Husserl's Phenomenology. On Meaning and Intersubjectivity*. Toronto: University of Toronto Press.
- De Jaegher, Hanne; Di Paolo, Ezequiel.** 2007. “Participatory sense-making: an enactive approach to social cognition”. *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 6, 485-507.
- Depraz, Natalie.** 2001. “The Husserlian Theory of Intersubjectivity as Alterology: Emergent Theories and Wisdom Traditions in the Light of Genetic Phenomenology”, en: Thompson, Evan (Ed.) *Between Ourselves. Second-person issues in the study of consciousness*, Charlottesville, Imprint Academic, 169-178.
- Duranti, Alessandro.** 2010. “Husserl, Intersubjectivity and Anthropology”. *Anthropological Theory*, 10, 1: 1-20.

- Gallagher, Shaun.** 2012. *Phenomenology*. London: Palgrave-Macmillan.
- _____. 2013. "Coordinación y creación de sentido en la atención conjunta y la atención conjunta". *Ciencias cognitivas* 3, 223-245.
- Heine, Bernd.** 1995. "Conceptual grammaticalization and prediction", en: John Taylor and Robert McLaury (Eds.) *Language and the cognitive construal of the world*. Berlin: Mouton de Gruyter, 119-135.
- _____. 1997. *Cognitive foundations of grammar*. Oxford: OUP.
- Heine, Bernd; Claudi, Ulrike; Hunemeyer, Friederike.** 1991. *Grammaticalization: A conceptual framework*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Heine, Bernd; Kuteva, Tania.** 2002. *World Lexicon of Grammaticalization*. Cambridge: CUP.
- Huelva Unternbäumen, Enrique.** 2013. *Intersubjetividad y gramática. Aspectos de una gramática fenomenológica*. Frankfurt am Main / New York / Oxford: Peter Lang.
- Husserl, Edmund.** 2002. "Konstitution der Intersubjektivität". En: Klaus Held Ed. *Phänomenologie der Lebenswelt. Ausgewählte Texte II*. Stuttgart: Reclam: 166-219.
- Hutto, Daniel.** 2008. "First communication: Mimetic sharing without theory of mind". En: Jordan Zlatev / Timothy P. Racine / Chris Sinha / Esa Itkonen Eds. *The Shared Mind. Perspectives on Intersubjectivity*. Amsterdam & Philadelphia: John Benjamins, 245-276.
- Itkonen, Esa.** 2008. "The central role of normativity in language and linguistics". En: Jordan Zlatev; Timothy P. Racine; Chris Sinha; Esa Itkonen Eds. *The Shared Mind. Perspectives on Intersubjectivity*. Amsterdam & Philadelphia: John Benjamins, 279-305.
- Langacker, Ronald.** 1987. *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. 1: *Theoretical Prerequisites*. Stanford: Stanford University Press.
- _____. 2008. *Cognitive Grammar. A Basic Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Luhmann, Niklas.** 1990. *Die Wissenschaft der Gesellschaft*. Frankfurt a. M., Suhrkamp.
- _____. 1998. *Die Gesellschaft der Gesellschaft*. Frankfurt a. M., Suhrkamp.
- Schegloff, Emanuel A.** 2006. "Interaction: The Infrastructure for Social Institutions, the Natural Ecological Niche for Language, and the Arena in which Culture is Enacted". En: N.J. Enfield & S.C. Levinson Eds. *Roots of Human Sociality: Culture, Cognition and Interaction*. Oxford & New York: Berg: 70-96.
- Tomasello, Michael.** 1999. *The Cultural Origins of Human Cognition*. Harvard University Press.
- Tomasello, Michael; Carpenter, Malinda; Call, Josep; Behne, Tanya; Moll, Henrike.** 2005. "Understanding and sharing intentions: The origins of cultural cognition". *Behavioral and Brain Sciences*, 28, 675 - 691.
- Tomasello, Michael; Call, Josep.** 2006. "Do chimpanzees know what others see – or only what they are looking at?". En: Susan Hurley / Matthew Nudds (Eds.). *Rational Animals?* Oxford University Press, 371-384.
- Trevarthen, Colwyn.** 1979). "Communication and cooperation in early infancy: a description of primary intersubjectivity". En: Margaret Bullowa (Ed.). *Before Speech*. Cambridge: Cambridge University Press, 321-348.
- _____. 1980. "The foundations of intersubjectivity". En: David Olson (Ed.). *The Social Foundations of Language and Thought*. New York: Norton, 216-242.
- _____. 1998. "The concept and foundations of infant intersubjectivity". En: Stein Bråten (Ed.). *Intersubjective Communication and Emotion in early Ontogeny*. Cambridge: Cambridge University Press, 15-46.
- Verhagen, Arie.** 2005. *Constructions of Intersubjectivity*. Oxford: Oxford University Press.

- Weinrich, Harald.** 1988. *Textgrammatik der französischen Sprache*. Stuttgart: Klett.
- _____. 2006. *Sprache, das heißt Sprachen*. Tübingen: Gunter Narr.
- Zlatev, Jordan.** 2008. "Intersubjectivity, mimetic schemas and the emergence of language". *Intellectica*, 46-47, 123-152.
- _____. 2008. "The co-evolution of intersubjectivity and bodily mimesis". En: Jordan Zlatev; Timothy P. Racine; Chris Sinha; Esa Itkonen Eds. *The Shared Mind. Perspectives on Intersubjectivity*. Amsterdam & Philadelphia: John Benjamins, 215-244.